

de otra, exigiéndole su palabra de honor de que despues no volveria á jugar mas en su vida. Inmediatamente Tchaplitzki fué á jugar con Zoritch, ganó la primera carta, dobló enseguida, ganó tambien y lo mismo con la tercera, es decir, que pagó su douda y hasta salió ganando... pero están dando las seis, y bien mirado es hora de acostarse.

Cada cual vació su vaso, y todos se separaron.

II.

La anciana condesa Anna Fedotovna se hallaba sentada frente á su tocador: tres camareras la rodeaban; una tenia en la mano el colorete, otre una cajita de alfileres negros, y la última una enorme papalina de encajes con cintas de color de fuego. La condesa no tenia la menor pretension de belleza, pero conservaba todas sus costumbres de cuando era jóven, se vestia á la moda de hace cincuenta años y gastaba en componerse todo el tiempo y ceremonias de una señorita del siglo pasado. Su señorita de compañía trabajaba al bastidor en el hueco de una ventana.

— Buenos dias, mamá, — dijo un jóven oficial entrando en el gabinete. — Buenos dias señorita Lisabeta. Mamá, os traigo una solicitud.

— ¿Cuál es, Pablo?

— Permitidme que os presente un amigo mio, y haced que le conviden al baile.

— Está bien, tráele al baile y allí me le presentarás. ¿Has estado ayer en casa de la princesa ***?

— Ya lo creo; estuvo magnífico; se bailó hasta las cinco: quien estaba encantadora era la señorita Kletzki.

— A fé mía que no tienes un gusto bien delicado: lo que habia que ver era su abuela la princesa Daria Petrovna. Pero dime, ya debe estar bien acabada la princesa.

— Como, acabada! ya lo creo—esclamó atropelladamente Tomski — como que hace siete años que se ha muerto!

La señorita de compañía levantó la cabeza é hizo una seña al jóven oficial, para recordarle que la condesa habia prohibido que se hablase delante de ella de la muerte de sus contemporáneos. El jóven se mordió la lengua, aunque la condesa conservó la mayor sangre fria al saber que su amiga no estaba ya en este mundo.

— ¡ Muerta! — dijo, — no lo sabia; juntas fuimos nombradas camaristas, y cuando nos presentamos, la emperatriz...

La condesa contó por la centésima vez una anécdota de su juventud. Pablo, — dijo al concluir, — ayúdame á levantarme; Lisanka, ¿ dónde está mi caja de tabaco?

Y seguida de sus tres camareras, pasó detras de un gran biombo para concluirse de vestir. Tomski se quedó solo con la señorita de compañía.

— ¿ Quién es ese caballero que quereis presentar á la señora? — dijo en voz baja Lisabeta Ivanovna.

— Naroumof. ¿ Le conocéis?

— No: ¿ es militar?

— Si.

— ¿ De ingenieros?

— No, de caballería; ¿ porqué preguntais si es de ingenieros?

La señorita de compañía se sonrió, sin responder.

— ¡ Pablo! — gritó la condesa por detras del biombo, — enviame una novela nueva cualquiera, pero no de las que se estilan hoy.

— ¿ Cómo la quereis, mamá?

— Una novela, donde el héroe no mate á su padre ni á su madre, y donde no haya ahogados; nada me da mas miedo que los ahogados.

— ¿ Y dónde voy á encontrar una novela de esa especie? ¿ La quereis rusa?

— ¿ Pues qué las hay? Me traerás una, no es verdad, que no te se olvide.

— No se me olvidará; adios, mamá, tengo mucha prisa, adios, Lisabeta Ivanovna; ¿ porqué queriais que Naroumof fuese ingeniero?

Y Tomski salió del tocador.

Lisabeta Ivanovna que se quedó sola, volvió á su bordado y se sentó en el hueco de la ventana. Inmediatamente se vió en la calle en la esquina de en frente, á un jóven oficial; su presencia hizo ruborizar á la señorita, que bajó la cabeza casi ocultándola con su cañamazo. En esto momento entró la condesa completamente vestida.

— Lisabeta, — dijo, — manda enganchar, porque vamos á dar un paseo.

Lisabeta se levantó, y se puso á arreglar su bordado.

— ¿ No lo has oido? ¿ eres sorda? Di que enganchen al instante.

— Voy, voy, — respondió la señorita de compañía corriendo á la antecámara.

Un criado entró trayendo algunos libros de parte del príncipe Pablo Alejandrovitch.

— Dadle muchas gracias. Lisabeta, Lisabeta; ¿ adónde corres así?

— Iba á vestirme, señora.

— Tiempo tenemos. Siéntate ahí, toma el primer tomo y lee.

— La señorita de compañía tomó el libro, y leyó algunas líneas.

— Mas alto, — dijo la condesa, — ¿ qué tienes? ¿ porqué estás ronca? Espera, acércame esa banquetta... mas... bien está.

Lisabeta Ivanovna leyó dos páginas mas, y la condesa esclamó:

— Tira ese libro tan fastidioso; ¡ qué hinchazon! Devuélvesele al príncipe Pablo dándole las gracias... ¿ no está listo el carruaje?

— Sí sí, ahí está, — respondió Lisabeta Ivanovna mirando por la ventana.

— ¿ Y tú no estás vestida aun? siempre hay que esperararte, es insoportable.

Lisabeta corrió á su cuarto, pero apenas habia dos minutos que salió de la sala, cuando la condesa tiró de la campanilla con toda su fuerza; sus tres camareras entraron por una puerta y su ayuda de cámara por otra.

— ¿ No oís que os están llamando? — esclamó la condesa, — que vayan á decir á Lisabeta Ivanovna que la estoy esperando.

En el mismo momento se presentó la jóven con un vestido de paseo y un sombrero.

— ¡ Ah! ya estás aquí, ¡ gracias á Dios! — dijo la condesa. — Pero ¿ qué vestido te has puesto? ¿ Cómo está el tiempo? ¿ hace frio, no es verdad?

— No, Madama, — dijo el ayuda de cámara; — al contrario, el tiempo está hermosísimo.

— Nunca sabeis lo que os decís. Abrid un poco los cristales... ya lo decia... un aire atroz, un frio glacial; que desenganchen, ya no saldremos, Lisabeta; no valia la pena de haberte engalanado así.

— ¡ Qué vida! — dijo para sí la señorita de compañía.